

Hábitat: arquitectura y desarrollo sustentable en el siglo 21

Stella Maris Casal¹

Resumen

La arquitectura es la disciplina que modifica y adapta nuestro espacio natural para hacerlo habitable. Para ello aplica los recursos materiales y tecnológicos disponibles e interpreta las necesidades humanas para lograr los resultados más logrados. En cada período de la humanidad aparecen desafíos concretos

y la arquitectura debe asumirlos. En el siglo 21 es impostergable buscar formas de preservar los limitados recursos naturales, amortiguar los efectos del cambio climático y dotar de viviendas y espacio dignos a toda la población.

Palabras clave

habitat – siglo 21 – preservacion - sustentabilidad

Abstract

Architecture is the discipline that modifies and adapts the natural landscape into living space. It applies the available material and technical resources and interprets the human needs. It aims at creating and improving our habitat. Each period of humanity has introduced present challenges and architecture had to deal with them. The 21st century installed the urge to preserving limited natural resources, temperate climate change and provide comfort and dignity to everyone.

Key words

habitat –21st century – conservation - sustainability

Introducción

En septiembre de 2015, la Asamblea General de la ONU definió una Agenda 2030 con diecisiete objetivos con el objetivo de alcanzar en quince años un desarrollo sostenible

¹ Arquitecta especializada en conservación del patrimonio (UBA). Profesora Titular de Preservación y Rehabilitación e Historia de la Arquitectura I en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Belgrano. Profesora Adjunta de postgrado en la especialidad en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora y autora de estudios sobre el patrimonio moderno de Buenos Aires presentados y publicados en encuentros científicos y académicos nacionales e internacionales. Premio Investigación Universidad de Belgrano 2007 y 2015.

para la humanidad y nuestro planeta. Para entonces se aspira a lograr: 1-el fin de la pobreza, 2-hambre cero, 3-salud y bienestar, 4-educación de calidad, 5-igualdad de género, 6-agua limpia y saneamiento, 7-energía asequible y no contaminante, 8-trabajo decente y crecimiento económico, 9-industria, innovación e infraestructura, 10-reducción de las desigualdades, 11-ciudades y comunidades sostenibles, 12-producción y consumo responsables, 13-acción por el clima, 14-vida submarina, 15-vida de ecosistemas terrestres, 16-paz, justicia e instituciones sólidas, 17-alianzas para lograr los objetivos.

A cinco años de enunciada la agenda, todavía falta una intensa tarea conjunta si queremos cumplirla. Evidentemente, más allá del compromiso de todos, los temas requieren del trabajo de especialistas, que luego de un diagnóstico profundo generen las líneas de acción a seguir más pertinentes. En lo que concierne a hacer las ciudades y comunidades sostenibles (objetivo 11)², equipos interdisciplinarios en los que la arquitectura juega un rol importante deben abocarse a encontrar modos de mejorar no solo lo nuevo a construir sino además a recuperar y rehabilitar lo ya construido para que siga siendo útil. Y esto no debe entenderse solo como un beneficio desde el punto de vista económico y material (ya está hecho y disponible, objetivo 11c) sino porque forma parte de la identidad y el carácter de nuestro entorno (es parte de nuestro patrimonio cultural, objetivo 11.4). Sobre estos dos aspectos de cómo lograr un hábitat más sustentable es necesario reflexionar, debatir y emprender acciones.

² <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/cities/>



La ONU calcula que para 2030 unas 5000 millones personas vivirán en ciudades y que es necesario mejorar la planificación y la gestión urbanas para que los espacios urbanos del mundo sean más inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles. Buenos Aires debe implementar acciones importantes y urgentes para lograr estos objetivos. (Foto de la autora)

La sustentabilidad material

Cuando se habla de sustentabilidad, en general se piensa en echar mano de herramientas innovadoras de orden científico o tecnológico para alcanzar soluciones viables a largo plazo y también en un uso responsable de los recursos materiales. Pareciera que la preocupación por el uso intensivo e inapropiado de tecnología y recursos es reciente, pero en realidad es una preocupación que acompaña desde siempre a la obra humana aunque sea en forma tácita. Pero también de forma explícita, como se puede leer en una publicación de la Smithsonian Institution de 1968, que reúne los aportes de distintos especialistas y que fue publicada en castellano como “El entorno del hombre” (de JOUVENEL et al., 1971). En el prefacio de la misma, Sydney Dillon Ripley, pionero de la biología de la conservación, ya menciona

“el extraordinario interés suscitado por el hecho de que ahora el público se da cuenta de que algo anda mal en las relaciones del hombre con su medio”. Y en la introducción, la política escocesa Jennie Lee menciona el antecedente de las ideas de Patrick Gettys cincuenta años antes, es decir, más de un siglo atrás, en referencia a su preocupación por la condición del entorno humano y agrega *“desde entonces, hemos visto a tantos soñadores y planificadores y tan elevado número de planes, que se me ocurre que lo que ahora importa es conquistar algunas victorias fundamentales en el campo de la política de poder comenzar a materializar los planes de los que ya hemos hablado hasta el cansancio”* (de Jouvenel et al., 1971). En palabras llanas, una invitación a pasar de las palabras a los hechos.

Si analizamos las comunidades antiguas y vernáculas, pareciera que en ellas prevalece una cultura del habitar que se refleja en cómo se adapta ajustadamente al medio ambiente: se toman los recursos del sitio, se resuelven los espacios necesarios no solo desde el punto de vista funcional sino también significativo y hay un equilibrio entre la modificación y la conservación del carácter del lugar, son inseparables de su sitio. Estas arquitecturas que son producto de una apropiación y uso sustentable del territorio podemos encontrarlas en las primeras culturas como Egipto y en diversas comunidades que una vez alcanzado el modelo más eficiente lo han hecho perdurar en el tiempo, lo que Bernard Rudofsky denominó arquitectura vernácula, anónima, espontánea, etc. y que es sin dudas una arquitectura atemporal (Rudofsky, 1973).

En general consideramos que en los últimos siglos es la cultura sedimentada en un extenso proceso histórico y estimulada por los avances del conocimiento científico-tecnológico y las búsquedas expresivas derivadas la que define el modo del habitar, la que condiciona el medio ambiente, y la que hasta lo altera más allá de lo sustentable, optando por repetir modelos alejados del ambiente tanto natural como cultural que se adoptan como referentes por entender que representan referentes de ideas más valiosas, más avanzadas. Se generan de este modo imágenes urbanas difíciles de identificar con una sociedad particular y un territorio en particular. Se hace uso indiscriminado de tecnologías y materiales foráneos, con los consecuentes daños colaterales: materiales que no se adaptan a condiciones climáticas diferentes a las de su origen, soluciones espaciales que exigen generar acondicionamiento extra (por grandes aventanamientos, por muros de espesores no suficientemente aislantes, etc) con el correspondiente aumento del gasto energético para que sean confortables.

Por el momento, se han hecho esfuerzos considerables para revertir los problemas, investigando nuevos materiales, nuevas técnicas, buscando el ahorro energético generando nuevas y sofisticadas soluciones tecnológicas. Muy poco se ha transitado el camino de rever como un dato de proyecto atractivo recuperar las técnicas y recursos locales, innovar sobre lo disponible.



La arquitectura de Santo Andre de Teixido, en Galicia, en su sitio y de su sitio, atemporal (izq) y la arquitectura de la globalización que repite modelos similares en ambientes diferentes (der.) forzando un uso excesivo de recursos energéticos y uniformando la identidad de las ciudades (Fotos de la autora)

Se debe renunciar a una arquitectura contemporánea que refleje el nuevo siglo? Se debe renunciar a los avances tecnológicos desarrollados en un mundo globalizado? Definitivamente no, pero debe proyectarse una arquitectura que exprese la actualidad sin perder la identidad, sin perder arraigo con su sitio. La selección de diferentes tecnologías y materiales deben pasar por un previo análisis acerca de los beneficios y pertinencia de su uso en situaciones particulares y también, como se mencionó más arriba, en la evaluación de otros métodos innovadores que surjan del estudio de las técnicas tradicionales del lugar.

Del mismo modo, podemos preguntarnos si es necesario construir siempre edificios nuevos para las nuevas demandas del habitar. Desde el punto de vista de la sustentabilidad, primero habría que evaluar la capacidad de adaptación y rehabilitación de los edificios existentes que han perdido su uso original, sobre todo si forman parte

del legado que aporta carácter e identidad a su entorno. Pero aún si no fueran considerados de interés cultural, siempre tendrán un valor material evidente y que es preciso considerar: ya están contruidos. Demolerlos para construir una obra nueva genera gastos que suman al presupuesto, generan desechos que suman a la crisis del tratamiento de residuos, generan contaminación ambiental. No podemos darnos el lujo de avanzar a costa de crear problemas. Se debe entonces conservar todo lo ya construido? Tampoco es posible. El tejido urbano debe seguir vivo y para eso es necesaria su renovación, pero antes de deshacernos de lo ya construido se impone un análisis muy exhaustivo de evaluación de sus potencialidades y no descartar su rehabilitación sin hacer este diagnóstico previo.

La sustentabilidad cultural

En un mundo hiperconectado gracias a los avances en las comunicaciones y en los medios de transporte, nuestro patrimonio cultural, incluido el arquitectónico, nos define y nos refleja, nos da identidad. La manera en la que expresamos nuestra idea del territorio y la cultura en nuestro hábitat es la herramienta con que contamos para seguir siendo sociedades con carácter propio y a la vez evolucionar y dar respuesta a los desafíos del milenio. Pensar el hábitat del presente y de las próximas décadas implica el desafío de encontrar los medios para conciliar en un mismo territorio, físico y cultural, el legado del pasado y las necesidades de evolución: cambiar lo que debe cambiar sin destruir lo que debe permanecer (Casal, 2017).

El patrimonio construido es un factor determinante de la sustentabilidad de nuestro entorno, no solo en términos materiales sino sobre todo culturales. El paisaje urbano crea memorias compartidas, da sentido de pertenencia, hace posible y contribuye a brindar condiciones de vida más dignas y estimulantes, genera arraigo en los residentes e interés y empatía en los visitantes. Que cada asentamiento humano tenga un carácter propio despierta la curiosidad por el conocimiento, enriquece la cultura de todos, nos permite reflejarnos en nuestras coincidencias y aprender de nuestras diferencias.

Pensar un desarrollo sustentable para nuestro entorno necesariamente obliga a incluir la protección de nuestro legado arquitectónico y urbano. Más allá de por los valores materiales ya mencionados, incorporar el patrimonio construido en los planes urbanos ayuda a conservar el carácter del lugar.

Hay edificios que deben permanecer porque son documento de nuestra historia como sociedad, y son generalmente obras que mantienen a lo largo del tiempo una función significativa: edificios religiosos, públicos, monumentos. Su conservación no debería estar en discusión y los medios para hacerlo deben respetar su esencia y adaptarse al desafío de bajar los gastos económicos y energéticos de su mantenimiento.

Por otro lado, hay edificios que sin tener un valor paradigmático colaboran en dar unidad argumental y consolidar el paisaje de ciertas áreas. Pueden incluso ser modestos en escala o calidad arquitectónica, o tener un pobre estado de mantenimiento, pero son importantes para la comunidad más allá del uso al que fueron destinados. Cuando la función para la que fueron proyectados desaparece, recuperar estos edificios, rehabilitarlos e iluminar su mensaje asignándoles creativa y respetuosamente un nuevo programa es una de las herramientas más eficientes para preservar la memoria del pasado y legarla a las generaciones futuras. No hay sustentabilidad cultural sin la supervivencia del patrimonio que da identidad a cada cultura.

Para que la rehabilitación sea sustentable en términos culturales, debe ajustarse a algunos criterios que tienen que ver, por ejemplo, con ser conscientes de que el mejor uso para un edificio es aquel para el cual fue creado, por lo tanto cuanto más parecido sea el nuevo uso al existente, más fácil será la adaptación. También es importante pensar las intervenciones contemplando su reversibilidad, porque esto brinda la posibilidad de nuevos ciclos de uso. Y en todos los casos, deben conllevar la puesta en valor del mensaje y significado que la obra original posea. Si para proyectar una obra nueva es importante la capacidad creativa del autor, en este caso la creatividad unida a la comprensión del legado es imprescindible.



Una nueva oportunidad para un antiguo garaje de Renault en el barrio de Bastilla, Paris, reconvertido en fábrica de chocolates, utilizando recursos y materiales sustentables. (Foto de la autora)

La sustentabilidad social

A modo de conclusión, merece recordar que de acuerdo a lo expresado más arriba, el concepto de sustentabilidad estuvo en la preocupación de los pensadores y de muchas culturas desde siempre. Sin embargo, una conflictiva e intensiva aplicación “globalizada” de los recursos naturales, tecnológicos e industriales en las últimas décadas ha acelerado la crisis de nuestro hábitat –y el de las otras especies con las que cohabitamos-. Nunca como ahora se impone tomar medidas concretas para no avanzar en el deterioro de nuestro entorno.

Lo primero que hay que lograr es una concientización activa y colectiva sobre la reacción relevante que cada acción que se lleva a cabo, por pequeña que sea, produce sobre el futuro de nuestro medio. En lo que concierne a la arquitectura, el uso consciente de los recursos naturales y culturales, el patrimonio construido incluido, demanda una actitud de investigación creativa sobre los materiales disponibles, conocer los ciclos de recomposición de esos recursos, justificar la excepcionalidad de aplicación de aquellos que no son renovables, generar formas creativas de rescatar y poner en valor el legado que nos representa. Esto indica la urgencia de capacitar más y mejor a los profesionales –de todas las disciplinas, no solo la arquitectura- en temas que generalmente “se leen” pero sobre los que se necesita una reflexión profunda e interdisciplinaria. La formación es, también en este campo, la clave para un cambio positivo y necesario.

Sería maravilloso que en los libros de historia del futuro se definiera a la población del siglo 21 repitiendo las palabras de Italo Calvino en el relato *Las ciudades y el cielo*: “*Del carácter de los habitantes de Andria merecen recordarse dos virtudes: la seguridad en sí mismos y la prudencia. Convencidos de que toda innovación en la ciudad influye en el dibujo en el cielo, antes de cada decisión calculan los riesgos y las ventajas para ellos y para el conjunto de la ciudad y de los mundos*” (Calvino, 1974)

Bibliografía

Rudofsky, Bernard. (1973). *Arquitectura sin arquitectos, breve introducción a la arquitectura sin genealogía*. Buenos Aires, EUDEBA

Casal, Stella Maris. (2017). *Territorio, cultura y preservación en el hábitat del siglo 21*. Berlín, Editorial Académica Española

Calvino, Italo. (1972). *Las ciudades invisibles*. Buenos Aires, Ed. Minotauro

De Jouvenel, Bertrand; Goodman, Paul; Daifuku, Hiroshi et al. (1971) *El entorno del hombre*. Buenos Aires, Editorial Marymar